

En cuanto á muebles, habia un costoso aparador de cedro barnizado y algunas sillas con asientos de tule.

Aquellos contrastes estaban revelando la fortuna improvisada, la irregularidad de los ingresos, y la falta de costumbre de usar ciertos objetos, así como la de esa elección que es solo el resultado de una perfecta educación social.

Bastole pues á Sotomayor una ojeada para comprender la elocuencia de aquel abigarramiento que, por otra parte, no dejó de inspirarle confianza, sin duda por que los objetos exteriores de que una persona se rodea, tienen siempre una significación, que revela el carácter y aun la vida del propietario.

Cuanto hay que llevados del deseo de ostentacion, nos muestran en la camisa un brillante, que nos induce á hacer una caritativa comparación entre los ingresos y egresos del propietario, quien no sale mas veces absuelto, acá para nuestro capote, en la liquidación.

Los brillantes que usaba Estefanía eran un verdadero contraste con la humildad de su alojamiento que no pasaba de ser una vivienda de casa de vecindad: la misma policia, en caso dado, no hubiera echado este dato en sa-co roto.

Por lo visto aquel chocolate iba á ser íntimo, supuesto que, teniendo Estefanía dos hijas no aparecian allí y sí se oían sus alegres voces al travez de la puerta cerrada.

CAPITULO XIII.

UNA MUJER ENTREGADA Á LOS MOUSTRBUOS



STEFANIA, dando á su voz toda la dulzura de que era susceptible, habló á Sotomayor de esta manera.

—Era yo muy niña: no cumplia aun los catorce años, cuando mi familia me casó con un hombre odioso, á cuyo lado fuí, ignorando todo lo que debía saber para librar-me de los males que desde ese momento me amenazaban. El hombre con quien me casaron tenia cincuenta años.

—¡Qué barbaridad! exclamó Sotomayor, y ese hombre.....

—Ese hombre era atroz: á los dos dias de casada la dió de celoso, y comenzó la historia de mis sufrimientos: se dedicó á cuidarme, á vigilar todos mis pasos con una pertinácia desesperante. Yo no tenia á quien quejarme; mi familia me habia abandonado á mi suerte, porque ¿lo creerá usted? siempre le concedió la razon á mi marido; y como este hombre por desgracia era rico, mi familia creyó que no podia aspirar á otra felicidad sobre la tierra que á la de las comodidades y el lujo.

Exaserbados mas y mas los celos de mi marido, recurrió para aturdirse al recurso de la embriaguez; y entonces mis sufrimientos no conocieron límites; era aquel hombre una fiera, un energúmeno, y llegó hasta maltratarme.

—¡Es posible! exclamó Sotomayor, que habia estado escuchando con interes creciente.

—Vea usted, dijo Estefanía, vea usted esta cicatriz.

—¡Qué es eso!

—Esta es la señal de una herida.

—¿Una herida?

—Sí; me arrojó con un baso á la cara; yo cai bañada en sangre, y aquel monstruo lejos de socorrerme, se salió á la calle.

No sé cuanto tiempo permaneci sin sentido; pero me encontré repentinamente en poder de mis criados que me auxiliaban.

Estefanía pareció estar profundamente conmovida, y hubo una pequeña pausa durante la cual, Sotomayor pensó.

—La historia de todas las mugeres desgraciadas que conozco, empieza así: «me casaron cuando aun no tenia yo quince años.»

—¿Y qué hizo usted despues, señora? preguntó Sotomayor, ya reforzado con la dosis necesaria de conmiseracion.

—Qué habia de hacer, contestó Estefanía; yo era una niña, no tenia ninguna esperiencia y procuré tomar consejo.

—¿Y de quién se valió usted?

—Una de las criadas de mi casa, me habia cobrado mucho cariño; acudí á ella y me consoló diciéndome que conocia á un abogado, que en un abrir y cerrar de ojos me separaria de mi marido.

Renació en mí con esto la esperanza, y cautelosamente y de acuerdo con aquella muger, dispuse un dia ver al abogado. Me dejé conducir en un coche, y despues de algun tiempo de andar empecé á sospechar que estaba siendo víctima de una celada: así fué efectivamente: el abogado no era otro que un hombre que se habia enamorado de mí y que empleaba aquel medio para perderme.

¡Ay señor Sotomayor! no puede usted tener una idea de lo que mi suerte me tenia reservado: no hice mas que cambiar de tirano; y si bien es cierto que este hombre

hizo por mí todo género de sacrificios, hasta arruinarse, también lo es que me hizo sufrir horriblemente.

—¿También era celoso?

—También; y había mas, los celos lo condujeron á la embriaguez y despues..... á todo género de crímenes. Yo era una mártir, siempre resignada; siempre triste, siempre encerrada como una criminal.

—¡Pobre de usted! dijo Sotomayor y ¡mucho tiempo...

—Dos años, durante los cuales pude hacer algunos ahorros y un día desaparecí de México.

—¿Y á dónde fué usted á dar?

—A Guadalajara; pero con el alma partida.

—¿Porqué? al verse libre.....

—Tuve que abandonar á mi hija.

—Había usted tenido alguna hija?

—Dos: una de mi marido y otra.....

—¿Son por ventura las niñas cuyas voces se percibian hace poco desde aquí?

—No, señor: esa es otra historia.

—¡Ahl

—He tenido como cinco hijos.

—¿Cinco?

—Sí, señor.

—No lo parece, dijo Sotomayor fingiendo sorprenderse, y mezclando á la vez esta galantería de estampilla, que le pareció muy adecuada á las circunstancias.

—Viví en Guadalajara diez y siete meses.

—¿Sola?

—No señor..... acompañada: allí tuve la desgracia de conocer á Abelardo.

—¿Abelardo?

—Sí, señor; el teniente coronel de auxiliares.....

—¿Con qué la desgracia, decia usted?

—Sí, señor, ese fué otro monstruo.

—Y van tres monstruos pensó Sotomayor y luego agregó—Pues usted señora está predestinada.....

—Sí, señor, á padecer eternamente.

—¿Pero supongo que ahora con Pancho.....

—Pancho es muy bueno, no tengo de que quejarme,

—¡Ahl era justo.

—Pero en cambio.....

—¿En cambio qué?

—Me veo hoy metida en ciertos asuntos, que sea por Dios.....

—Conque.....

—Sí, señor: Pancho ha tenido malos amigos; él no era así, tiene un corazón de paloma; pero qué quiere usted, dió su palabra y..... una vez en ello, no tiene el pobre mas remedio que arrostrar con las consecuencias.

—Es cierto.

—En vano son mis consejos y mis súplicas; muchas veces le he dicho que con lo que tenemos podemos ver en que la busquemos de una manera que no se esponga.

—¿Y qué le contesta usted?

—Dice que esta es una compañía de personas muy influyentes, que es un negocio muy bien organizado y que

lleva muchos años de existencia, sin que hasta ahora haya tenido que lamentarse una desgracia.

—Efectivamente, dijo Sotomayor, Pancho no puede menos que ser un hombre profundamente reservado y capaz de guardar un secreto, supuesto que había podido ocultarme por tanto tiempo que existiese usted en el mundo.

—A mí, contestó Estefanía, no me había ocultado, la existencia de usted; yo lo conozco á usted hace mucho tiempo y estoy impuesta de que usted también pertenece.....

—¡Silencio Estefanía! que las paredes oyen.

—A este punto quería yo venir á parar, y ahora ya puedo recomendar á usted los negocios de que le he hablado, pues como comprenderá usted, se relacionan íntimamente con lo que usted sabe.

—Por mi parte no necesito probar á usted que los negocios de Pancho, son los míos; y que si antes los desempeñaba con la eficacia que merecen por ser de un buen amigo como Pancho, hoy que tengo el placer de que usted sea quien los recomiende; cada palabra de usted, es para mí un mandato.

—Gracias.

—Y dígame usted, agregó Sotomayor ¿las niñas cuyas voces he oído hace poco, al travez de esa puerta....

Sotomayor hizo una pausa esperando que Estefanía completara la frase; pero viendo que guardaba silencio agregó.

—¿Esas niñas son hijas de..... de su primer marido de usted?

—No, señor.

—¿Del segundo?

—No, señor.

—De.....

—De José María Gomez

—¡De Gomez! exclamó Sotomayor.

—¿Lo conoce usted?

—¡A Gomez! mucho, ¿con qué son de Gomez?

—Sí, señor: tengo esa otra desgracia.

—¿Entonces Gomez fué el que.....

—El indujo á Pancho..... bien es que Pancho no hace mas que arreglar ciertos asuntos, llevar las cuentas de la compañía y mover ciertas teclas misteriosas, para el mejor acierto de los planes.

—Pero en fin, Gomez podrá venir de un momento á otro y como tiene derechos.

—Gomez no vendrá.

—¿No?

—No es posible.

—¿Porqué?

—Lo conoce la policía, no estaría un dia libre.

—Peno con esa inseguridad.....

—Vámos, señor Sotomayor, usted finje ignorar que esta compañía está sábiamente organizada, y que entre sus medios secretss de accion, tiene como un deber el de

hacer conocer de la policía y de la justicia, á algunos de sus miembros.

—¿Oiga?

—La razon es muy sencilla: tanto la policía como la justicia, necesitan víctimas; pues, bien la compañía se las ministra.

—¿La misma compañía?

—Sí, señor en ciertas sesiones se acuerda, por ejemplo, comprometer á un socio ante la justicia.

—No comprendo el objeto.

—Finge usted no comprenderlo.

—Le doy á usted mi palabra.

—Es que usted pertenece.....

—Sí, es cierto pero de cierto modo.

—Ya lo comprendo, es usted supernumerario.

—Tal vez.

—Pues entre los socios de número que son once se discute esta materia importante. ¿Quién será la víctima para que ella sea la que reciba el golpe? entonces, se señala generalmente al mas malo, y del que ya sin emboso pueda decirse que no tiene nada que perder.

—¿Y le tocó á Gomez?

—Sí..... Pancho quiso alejarlo de México, y colocarlo en posicion comprometida á fin de que no pretenda presentarse.

—Ya comprendo.

—Pues bien ya verá usted que el padre de estas niñas no vendrá; estoy bien segura.

Sotomayor se quedó profundamente pensativo, por que comprendió que merced á ciertas condescendencias con su amigo Pancho, se habia ya inodado en asuntos de cierto género, y que merced á haberse finjado socio de aquella compañía tenebrosa, acababa de saber cosas que debian importarle mucho para el porvenir; y supuesto que aquello no tenía remedio, no habia que retroceder en el risueño proyecto de galantear á Estefanía.

De manera que, á partir de aquel momento, lo que habia pasado por las mientes de Sotomayor solamente en virtud de la hermosura de Estefanía como una simple galanteria, ahora estaba convirtiéndose en un verdadero deseo.

Por otra parte Estefanía habia tenido ocasion de desplegar mas de una coqueteria con su nuevo amigo; y si hemos de decirlo de una vez, no le habia caido tan mal Sotomayor, que esta muger tan dulce y todo como era no hubiese sonreido á la idea de una nueva infidelidad.

Hechas pues las amistades, Sotomayor al cabo de cuatro horas da visita, se despidió de Estefanía y salió de la casa, armando gran escándalo entre los pacíficos vecinos que oyeron abrir el zaguan á deshoras, aunque tal servicio hubiese sido ampliamente remunerado por Sotomayor.

De nuestro concienzudo exámen ha resultado que las cosas no han cambiado tan sustancialmente como habíamos creído buenamente al principio; solo que las causales sí son enteramente distintas.

Otorgamos toda nuestra indulgencia á los individuos de las primeras familias, en gracia de las circunstancias y de la necesidad; y tanto el señor Adán como nuestros hermanos, pueden estar tranquilos con respecto á nuestra mordacidad.

Pero no así nuestros últimos hermanos, nuestros hermanos de hoy, á quienes no les es dado disculparse con la falta de sujeto: de lo que resulta que, ya bien poblado el planeta terrestre, los que se empeñan no obstante en complicar el capítulo de los parentezcos, no merecen per ni aun siquiera clemencia.

Somos ciegos partidarios del órden, por consiguiente de la moralidad en la familia: y por eso cuando vemos por esos mundos de Dios, brotar vástagos equívocos y contemplamos al hombre civilizado trasgrediendo á mansalva la ley del matrimonio; cuando nos encontramos con una de esas familias, que no escasean por cierto, en las que, sus respectivos miembros ostentan varias é intrincadas investiduras de parentesco, cuando estudiamos uno de esos árboles genealógicos modernos, verdaderos fenómenos de vegetación, árboles con tres troncos, árboles con ramas que se cruzan, con troncos que enraman y con ramas que entroncan; cuando vemos en fin una de esas personas que para darle á usted noticias de sus ascendientes

tienen que hacer cuentas con los dedos y esforzarse por deshacerle á usted la maraña de sus parientes, como si se tratara de una ecuación de segundo grado, con varias incógnitas; cuando uno de estos tranquilos individuos se ha puesto á explicarnos con todas sus señales y circunstancias las alegrías de los seres mas allegados á su estirpe, no hemos podido menos que reflexionar profundamente en ese formidable principio de disolución social.

Repugnante en alto grado nos ha parecido siempre, el hijo que se vé precisado á acusar á los autores de sus días, con la calma que ha adquirido en fuerza de decirle á todo el mundo quién es y de donde viene.

Ese venero casto de donde brotan para nosotros las primeras impresiones de ternura; esa alma, la primera en comunicarse con la nuestra en un ambiente de amor, para deletrear á nuestro oído las palabras *Dios, virtud, honor, deber*, la madre en fin, centro de respeto, fuente adorable de pureza, en donde reside el mas santo de los cariños, la madre venerable, escarnecida por el hijo, la madre delatada por la inocencia, cubierta de rubor y de miedo ante el candor y ante una pureza, engendro de sus crímenes.

Y luego esos hijos, emancipándose prematuramente como si huyeran de un contágio, esos niños que eligen un nombre en la lista de los verduges de su honra; esas jóvenes que tienen que optar entre la funesta ingenuidad de familiarizarse con el crimen ó protestar contra la union mas santa.

Horrible dislocamiento de un conjunto de leyes puras que son el decálogo de la familia, la clave de la moralidad.

Por fortuna la inquebrantable ley de la justicia santa que rige el mundo pesa siempre sobre los delincuentes, y vagan, á no dudarlo, en los espacios y en las tinieblas, los espíritus errantes de los que dejan en el mundo hijos mal nacidos.

Sí; esos espíritus, trás de la tabla del ataud de sus cadáveres, encuentran á Caron rehúsádoles su barca y señaládoles la sombra de la noche por infierno, por que en la sombra, esos espíritus van á emprender una vida de contemplacion; van á tener delante á sus hijos á quienes verán arrojar lodo sobre los sepulcros entreabiertos, arrancando sonrisas de desden para las cenizas, ridículo para los muertos, baldon para sus progenitores.....

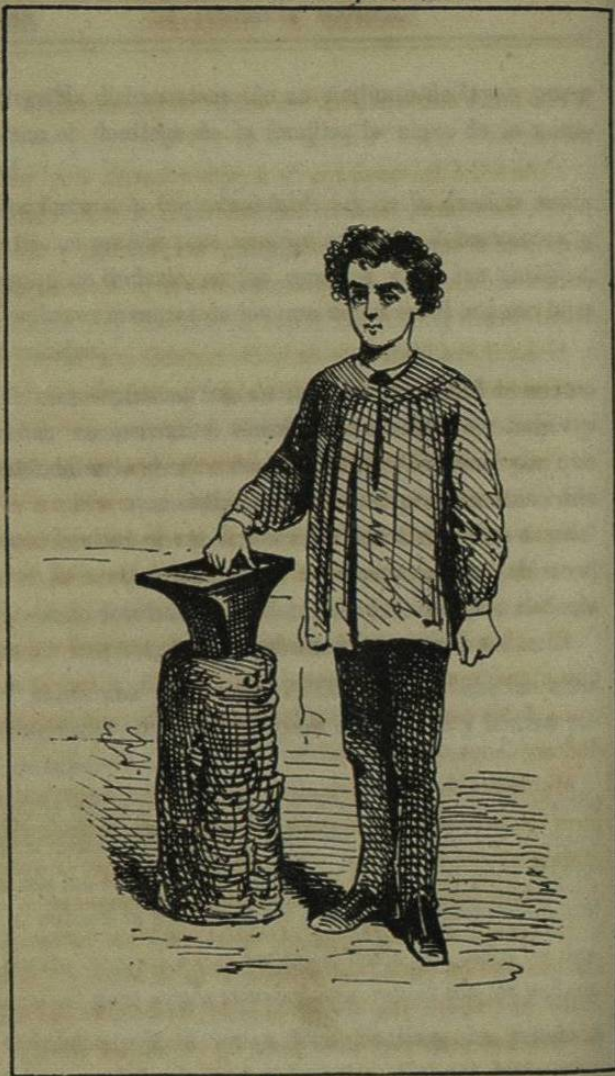
¡Bendita una y mil veces la familia; benditas las uniones legítimas que traen paz para las cenizas y honrra para los superviventes!

¡Feliz quien puede erigir el blanco altar de su cariño á una madre sin mancha, feliz quien puede ver siempre lozanas las azucenas de ese amor tan santo, para transmitir el culto á la pureza, á su generacion siempre bendita!

Somos clementes con los hijos, como con todos los desgraciados; pero somos tambien inexorables con los padres.

Gabriel, el niño á quien Don Santiago ha traído á México con el fin de darle educacion, Gabriel decimos va





Gabriel.

á revelar á nuestros lectores su situacion moral, á esto respecto.

Gabriel, á la sazón que lo hemos conocido en el principio de este libro, tendría doce años: era un niño hermoso, algo mas desarrollado de lo que generalmente se observa en niños de esa edad, especialmente en la Capital de la República.

Gabriel era blanco, y se hacia notable por la singular expresion de su mirada, habia algo de contemplativo en sus ojos, y mucho de pensador en su frente, Gabriel casi no era un niño, al verlo por primera vez se le notaba una concentracion extraña á su edad, y cierta nube de tristeza que lo rodeaba siempre, al grado que sus compañeros de colegio, aun los de mas edad que Gabriel, le profesaban respeto.

El señor Director del establecimiento no pudo menos que fijarse muy especialmente en Gabriel, y aun le mostraba á las personas de su confianza como una notabilidad entre los educandos.

Manifestó desde el principio tan buenas disposiciones para los estudios, como para las obras mecánicas; tenía grande afición al dibujo, y no por eso rehusaba el aprender las lecciones de los demas ramos que cursaba.

No tardó mucho tiempo Gabriel en ver convertidos sus avances en otros tantos motivos de desazon y de disgusto: el respeto que al principio le profesaban sus compañeros fue convirtiéndose poco á poco en envidia.

Dos niños de los mas ricos del Establecimiento, fueron

postergados por Gabriel, vencidos en buena lid y bajados de lugar: esta circunstancia los indispuso; y á partir de aquel momento se declararon enemigos acérrimos de Gabriel, pero no se atrevían á llevar á su casa queja alguna contra aquel compañero que los habia vencido en aplicacion y en inteligencia.

Pero uno de estos dos niños notó un día que los vestidos de Gabriel eran de clase muy inferior á los suyos.

—A ver, le dijo, mira qué saco tan bonito traes ¿es de jerguetilla?

—No, agregó su compañero, es de las veinte mil piezas de ropa hecha.

—Dicen que allí pegan con cera las costuras.

—Y que hay levitas á dos pesos.

—No, este saco será de á diez reales.

Habia en aquella burla algo de cierto, porque Don Santiago al día siguiente de haber llegado á México visitó á Gabriel en el cajon de «las cien mil camisas.»

Abierta esta primera brecha por los compañeritos envidiosos del talento de Gabriel, dieron márgen ó los otros niños, para emprender nuevos ataques, de los que Gabriel no podia defenderse; y como sus adelantos en las clases seguian en aumento, se renovaba cada día el motivo de encono de sus émulo.

Un día llevó un niño á la escuela una noticia misteriosa con respecto á Gabriel, noticia que comunicó á sus compañeros, y pudo verse á los niños agruparse y formar diversos corrillos para tratar de aquel asunto que los

preocupaba, como si en el campo de uno de dos cuerpos beligerantes, cayera la noticia de un nuevo plan de ataque de éxito seguro.

Después de muchos cuchicheos, fué nombrada una comision que se encargase de hacer uso de la gran noticia recibida.

Habia un grupo de niños destinado á ser espectador de lo que iba á pasar; los diputados se acercaron á Gabriel y le dijeron.

—Acompáñanos.

Gabriel abedeció, y cuando hubieron llegado al centro del grupo de los que iban á ser espectadores, uno de los diputados le dijo á Gabriel.

—¿Con que..... cómo te llamas?

—Gabriel Franco; contestó este.

—¡Mientes! le dijo un niño, tú no eres Franco.

—¿No? preguntó Gabriel con entereza.

—No, le contestaron con seguridad, tú nos has engañado y has engañado al director.

—¿Yo?

—Sí; tú eres un hipócrita, tú no eres hijo de ese señor Don Santiago Franco, que te trajo al colegio.

Gabriel se puso encendido como escarlata, y dirigió en torno suyo una mirada, como inquiriendo la exactitud de aquella especie que lo habia herido tan profundamente.

—¿Te callas? objetó uno, luego es cierto, tú nos has engañado.

—No eres Franco, ni ese señor es tu papá.

—Ya se vé que no, dijo otro niño, Gabriel no puede decir quien era su padre.

—Es natural, agregó otro.

—¿Dicen ustedes que Don Santiago no es mi padre?

—No, no lo es, y tú lo sabes bien, pero eres un hipócrita, capaz de engañar á todo el mundo.

Gabriel sentia en estos momentos un sumbido de oídos que lo aturdiría.

—Aquí sabemos ya quied es tu padre, dijo un niño.

—Y lo peor es, agregó otro, que segun dicen es un sugeto de no muy honrosos antecedentes.

Gabriel, como movido por un resorte, se séparo de sus compañeros dando un brinco hacia atras y crispando los puños exclamó:

—¿Quién de ustedes se atreve á ofender á mi padre?

La actitud de Gabriel fué tan imponente, que todos los niños del grupo guardaron silencio, y hasta despues de un momento, dijo el mayor de los niños.

—No hay para que te enojas, Gabriel; lo único que hemos querido es desengañarte, advertirte que tu padre no es el señor Don Santiago.

—¿No? nn es mi padre? preguntó Gabriel ardiendo en ira ¿no es mi padre y me quiere tanto? ¿no es mi padre y me ha traído al colegio?

—A pesar de eso.

—A pesar de eso, y apesar de todo, nosotros sabemos muy bien que tu verdadero padre se llamaba.... ¿lo digo?

¿lo digo? gritó el niño, poniéndose á respetable distancia de Gabriel, ¿lo digo?

—Si, si, que lo diga, que lo diga, gritaron varias voces.

Entonces el griton, exclamó.

—Pues se llama José Maria Gomez.

—¡Gomez! ¡Gomez! ¡Gomez! gritaron todos los del grupo, haciendo mucho ruido, rodeando á Gabriel, y dando vueltas á su derredor para gritarle á mansalva, ¡Gomez! ¡Gomez!

Empezaban á atreverse algunos niños á tocar á Gabriel, quien sintiendo arder sus sienes, y probando una amargura espantosa, ya casi ciego y frenético al sentir un golpe en la cabeza se lanzo sobre el mas grande de los niños, acestándole un soberbio golpe en la cara.

Gabriel, segun hemos dicho ya, era fuerte, y bastó el golpe aquel para derribar á su adversario, quien al caer recibió un segundo golpe en la cabeza, y quedó casi sin sentido.

Ya el ruido había llamado la atencion de los superiores, y aparecieron el Director y el vigilante á dar fé del hecho. Algunos de los niños del grupo se dispersaron violentamente, y solo quedaron algunos, socoriendo al que habia caído, y Gabriel de pie, pálido y tranquilo.

Arrostró la primera mirada del director, esperando ser interpelado.

—¿Usted ha hecho esto? le preguntó por fin el director.

—Sí señor.

—¿Por qué?

—Insultó á mi padre, me insultó á mí.

—¿Porqué no se quejó usted?

—Porque me cercaron.

—Está bien, dijo el director en tono de amenaza, ya arreglaremos esas cuentas.

Y en seguida mandó conducir á Gabriel al calaboso; y mientras asistian al niño lastimado, se le mandó recado á Don Santiago, para que concurriera á tomar conocimiento de lo ocurrido.

Entretanto comenzó á circular por todo el establecimiento, la especie de que uno de los niños era hijo de un ladron, y poco despues cada alumno, al salir del colegio se encargó de llevar á su casa aquella noticia, con la cual se pusieron en alarma varias familias.

Al dia siguiente recibió el señor director la visita de algunos padres de familia, entre los cuales, uno le habló de esta manera.

—Señer director, he sabido con profundo disgusto; que en este establecimiento se está educando un jóven que, á ser ciertos los informes que he tomado, su presencia aquí no podrá menos que ceder en contra del buen nombre de esta institucion, que hasta la presente se ha sabido distinguir por la moralidad que en ella reina, y por que aquí, mi señor director, segun estoy bien informado, no concurren sino niños pertenecientes á familias.....

—Ah, sí, señor, por de contado; aquí no recibo sino la flor; sí señor, la flor de la sociedad mexicana.

—¿Y es cierto lo que.....

—Estamos precisamente en esa averiguacion.

—¿Y ha podido usted, por supuesto, aclarar.....

—Vea usted señor; el jovencito por su porte, por su exterior, no manifiesta.....

—¿Nada, eh?

—No señor, nada.

—¡Ah, no es fácil.....

—Vaya usted á averiguar.....

—¿Y qué tal se portaba?

—Divinamente.

—¿Es posible? vea usted, parece increíble.

—Era el primer lugar..... digo, despues de su hijo de usted.

—Ah.... eso si, por que mi Enriquito es vivísimo, y tiene una imaginacion..... precisamente por eso procuro alejarlo cuanto puedo de las malas compañías.

—Hace usted muy bien.

—Y como en la escuela ¿me comprende usted? es en donde los niños toman las primeras impresiones.

—Cabalmente. Nada mas justo que procurar, que la primera sociedad de los niños.....

—No los contagie.

—Ni tengan mal ejemplo.

—Y segun tengo noticias, ese joven, sin saber como, vino á dar al colegio, esultamos ahora con que....de ma-

nera que dije—¡apa! voy á cerciorarme con mis propios ojos; y si no han lanzado inmediatamente á ese miembro podrido, saco á mi Enriquito del Establecimiento, y por via de buen consejo doy parte á algunos de mis amigos; lo cual sentiré en el alma, supuesto que todo ello puede ceder en perjuicio del señor Director, á quien debidamente estimo.

El señor Director en vista de las buenas razones del padre de familia, manifestó que estaba decidido á hacer un ejemplar en su colegio; de manera que cuando Don Santiago concurió al llamamiento que le habian hecho, fué solamente para recibir á Gabriel, acerca del cual circularon los mas absurdos rumores y las mas torpes calumnias, pues los niños díscolos, al verse apoyados por el director, abultaron cada uno por su parte é impunemente las especies que corrieron con respecto á aquel desgraciado niño.

CAPITULO XV.

LOS PRIMEROS NUBLADOS.

OR varios dias continuaron las confidencias de Lola, hasta poner al tanto á Zubieta de todos los antecedentes de su familia.

Don Manuel por su parte habia introducido en su sistema de vida estas dos novedades.

En primer lugar, no salía ya de noche.

Y en segundo lugar, hablaba menos y observaba mas. Empezaba á fijarse en una porcion de cosas insignifi-